

La Pascua cada vez más cerca

El comandante en jefe de las fuerzas de ocupación le dijo al alcalde del pueblo: *“Tenemos la seguridad de que ustedes ocultan a un traidor en el pueblo. De modo que, si no nos lo entregan, vamos a hacerles la vida imposible a usted y a toda su gente con todos los medios que tengamos a nuestro alcance”*.



Y es que el pueblo ocultaba a un hombre que parecía ser bueno e inocente y a quien todos querían. Pero, ¿qué podía hacer el alcalde ahora que veía amenazado el bienestar de todo el pueblo? Días enteros de discusiones en el Ayuntamiento no llevaron a ninguna solución. De modo que, en última instancia, el alcalde consultó el asunto con el cura. Los dos se pasaron toda una noche buscando en las Escrituras Sagradas y, al fin, apareció la solución. Había un texto en la Biblia que decía: *“Es mejor que muera uno solo por el pueblo que no que perezca toda la nación”*.

De esta manera el alcalde decidió entregar al inocente a las fuerzas de ocupación, no sin antes pedirle al buen hombre que le perdonara. El hombre le dijo que no había nada que perdonar, que él no deseaba poner al pueblo en peligro. Fue cruelmente torturado hasta el punto de que sus gritos pudieron ser oídos por todos los habitantes. Por fin, fue ejecutado.

★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★

Veinte años después pasó un profeta por el pueblo, fue directamente al alcalde y le dijo:

- *“¿Qué hicisteis hace veinte años? Aquel hombre bueno estaba destinado por Dios a ser el salvador de este país. Y tú le entregaste para ser torturado y muerto”*.
- *“¿Y qué podía hacer yo?”*, dijo el alcalde, *“el cura y yo estuvimos mirando las Escrituras y actuamos en consecuencia”*.
- *“Ese fue vuestro error”*, dijo el profeta, *“mirasteis las Escrituras, pero deberíais haber mirado a sus ojos”*.

Hay muchos momentos en los que nos agarramos a la ley, a lo que está escrito o mandado, a lo que todos hacen, a lo normal... sin pararnos a mirar a los ojos de las personas.

En una semana vamos a recordar una historia muy parecida a la que acabamos de escuchar y tan injusta como ésta: *“la historia de Jesús de Nazaret, el hombre inocente que muere por todos nosotros”*. Quizá sería bueno preguntarnos en algún momento qué parte de responsabilidad tenemos nosotros en esta muerte.

Quizá así, cuando volvamos a ver una injusticia, nos acordemos de que es mejor olvidarnos un poco de la ley y mirar más a los ojos del que está sufriendo (*y, muchas veces, no hay que ir muy lejos para descubrirlo –en ocasiones son nuestros propios compañeros de curso-*).

